

A MAS DE DIEZ AÑOS DE LA «PERDIDA DE LA INOCENCIA»

Enrique Cerrillo y Martín de Cáceres

Un hito en la bibliografía arqueológica como fue el artículo de D. L. Clarke *Archaeology: the loss of innocence*, sugiere a más de diez años de su publicación numerosos puntos de vista para la reflexión acerca de los caminos que en los diez años siguientes han tomado los teóricos de las nuevas corrientes dentro de la Arqueología actual. El artículo en cuestión intenta ser una espoleta que sirviera no para aquéllos que en aquella época habían perdido la inocencia, sino para quienes aún la conservaban intacta, pero también es una llamada de atención a los peligros que los nuevos derroteros podían acosar en una vorágine de novedades teóricas a la joven disciplina en vías de renovación, porque esa renovación la ponía en manos de las más variadas tentaciones de movimientos *neo-* o de los *-ismos* más dispares. Pese a que *Analytical Archaeology* es su más conocida obra y supone un eclipse para el resto de su producción bibliográfica, *the loss of innocence*, a pesar de no ser el último de los artículos escritos por él, parece un poco su testamento arqueológico ya que intuyó en él algunas de las líneas que sus seguidores de la escuela de Cambridge han continuado (Hodder, 1981). Por otra parte este artículo significó un profundo impacto en el seno de los lectores de la conservadora *Antiquity* dirigida por G. Daniel y que fue solicitado por él para que sirviera como muestra de la corriente ideológica surgida en la disciplina arqueológica y autodenominada por los propios creadores «new archaeology», como etiqueta distintiva de la disciplina tradicional y en crisis de teoría. Lo más importante, sin duda, de él es la prevención contra un exagerado *cientifismo* propio de los años anteriores y el establecimiento de toda una línea programática que sirviera de soporte a la nueva arqueología una vez superado el sarampión de los primeros años de vida teórica de los años sesenta (Watson, Leblanc, Redman, 1974) y que sirviera de soporte a los dos importantes centros productores de esa nueva ideología: el que se asentaba en Estados Unidos en torno a la polémica figura de Lewis Binford y al que se situaba en Inglaterra con dos importantes polos en torno a Colin Renfrew en Edinburgo y a él en Cambridge.

La situación desde que salió a la luz la primera edición de *Analytical Archaeology* en 1968, hasta la segunda, ya póstuma en 1978, había cambiado notablemente y R. Chapman, encargado de poner en orden los papeles de Clarke para esta segunda edición, ya lo hace constar en sus notas al final de cada capítulo. Unas veces estas

notas son relativas a movimientos surgidos entre 1968 y el momento de la nueva edición, y en otros casos son en cierto modo una nueva postura que viene a contradecir la idea primitiva del autor. Más adelante sus discípulos en el colectivo que le dedican también incluyen algunas críticas surgidas en ese tiempo. Hodder (1981), por ejemplo, comienza ya a criticar el excesivo uso de los principios sistémicos por parte de Clarke, línea que en la actualidad continúa. Pero aparte de estos aspectos que luego trataremos, están presentes en la producción bibliográfica posterior, tienen un planteamiento inicial en este artículo que hemos elegido para la reflexión de estos últimos diez años en la teoría arqueológica.

Perder la inocencia posee un significado muy especial en el contenido del mismo. Perder la inocencia es el abandono de posiciones de la arqueología tradicional, «monofocal, especialización profesional monodimensional y miópica, autoritarismo conformista; regionalismo e individualismo académico; aislamiento arqueológico y chovinismo, los atributos de una condenada raza de dinosaurios disciplinares». (Clarke, 1973:8).

Un primer paso, tras perder esa noble inocencia, es el de la *consciencia* de la esencia nueva de la disciplina. El segundo escalón es una *autoconsciencia* y por último una *autoconsciencia crítica*. Cada peldaño de esa ascensión ascética implica, aparte de esa ruptura que señalamos antes con la inocencia, una búsqueda de unos nuevos postulados teoréticos y una autocrítica una vez alcanzado este último escalón. Pero queda muy claro que los avances incorporados a la Arqueología tras la Segunda Guerra Mundial son sobre todo a nivel técnico, no implican más que una revolución a nivel de medios y que el uso de ellos por parte del arqueólogo no le convierte por ello en *científico*, lo mismo que el empleo en cualquier ciencia de elementos de análisis por muy sofisticados que ellos sean, tampoco le hacen compartir esa denominación. La identificación de medios auxiliares de análisis no implica haber perdido esa inocencia.

Pero lo que sí está claro que esa revolución en el seno de la Arqueología, la de los medios técnicos supuso un importante avance en parte de los fines, pero seguirá fomentando un malestar entre algunos de los que la practican, porque a través de ella no se pueden resolver la totalidad de los problemas que existían planteados ya con anterioridad. Era válido para poner en tela de juicio algunos temas relativos a cronologías de las escuelas difusionistas, o para fechar con cierta seguridad algunos asentamientos pertenecientes a un mismo horizonte cronológico y cultural, pero esa micro revolución técnica no crea las bases para la renovación de la disciplina en términos de su metodología.

Será preciso esperar hasta la década de los sesenta, revolucionaria, como en otros tantos campos, para la disciplina arqueológica, sobre todo en la creación de unos contenidos teoréticos que desde distintos puntos clamarán con voces de salvación. Pero nuestra inerme disciplina no contaba entonces con ningún mecanismo de auto-defensa para solucionar esa falta de teoría y por ello se impone la salvación a base de lanzar gritos de socorro a otras disciplinas afines o no a la nuestra dentro de una llamada generalizada a la interdisciplinariedad. Es la década en que Th. Kuhn lanza su teoría sobre la estructura de las revoluciones científicas y ello juega un papel fundamental en la creación de un *paradigma* arqueológico, situación también perfectamente válida para la aplicación de los períodos de ciencia normal y crisis de paradig-

ma (Kuhn, 1981). Pero también en todo este proceso hay que advertir un evidente complejo de inferioridad respecto a otras disciplinas siempre consideradas como eminentemente científicas frente a otras disciplinas no rotuladas con esta etiqueta como casi todo el conjunto de las Ciencias Sociales.

No sólo será Kuhn y sus paradigmas los usados como bandera del cambio, sino que otros filósofos de la Ciencia como Hempel, entre otros, figurarán en las filas de la renovación, y con ello se producirá un trasvase literal de la problemática de esas otras disciplinas de las Ciencias Naturales a una disciplina social con pretensiones de legalizar su situación científica (Hempel, 1979). Teorías, hipótesis, leyes, junto con explicación, deductivismo frente a inductivismo se introducirán en el vocabulario del arqueólogo teórico interesado en el cambio, o mejor, con un término muy actual en las cuestiones de reconversión de la Arqueología.

La coincidencia con el auge de la Teoría General de los Sistemas y con la Teoría de la Información llevó a los reconversores de los años sesenta a tomar de ambos cuerpos teóricos los elementos necesarios de ellas para aplicarlas a un campo tan concreto como es el de nuestra disciplina. Pero junto a ellas tampoco puede olvidarse el profundo impacto que las teorías antropológicas funcionalistas hicieron en el campo arqueológico. *Sistema, información, función, comportamientos*, serán además de los conceptos antes reseñados, palabras claves de la nueva Arqueología.

Clarke escribe *Arqueología analítica* en esas fechas y se sirve de esos conceptos cuando define cultura como un *sistema de información*, y más adelante al sistema sociocultural como un *sistema con subsistemas*. De un modo paralelo casi otros arqueólogos inician el uso de la terminología sistémica en sus trabajos como Flannery en Mesoamérica, Binford en las alteraciones del Postpleistoceno, Renfrew en el Egeo, etc. El uso de los mecanismos y propiedades sistémicas serán a partir de ahora muy frecuentes.

En este proceso de creación del cuerpo teórico a base de trasvases de teorías y de préstamos disciplinares juega un importante papel la Biología como disciplina *punte* entre las Ciencias Naturales y las Ciencias Sociales, en la que las leyes de la física y otras similares de validez universal, no tienen la suficiente cabida porque no gozan del mecanicismo al estar presente el concepto de etología o de comportamientos humanos. *Adaptación, coacción, emergencia o invención*, serán usuales ahora junto con *autorregulación* y *autopropetuaación* serán elementos válidos para la *explicación* de fenómenos sociales que la Arqueología como ciencia que trata de ellos en el pasado debe atender.

Clarke no obstante ya había descrito riesgos que están presentes en este proceso de reconversión y señala la cautela con la que conviene obrar a fin de paliar ciertos desajustes que, no obstante a la renovación pudieran estar presentes también en la Arqueología, a fin de que no se pierdan las riendas y se convierta en algo monstruoso, en algo totalmente distinto a lo que se pretendía por exceso, tal vez no del tecnicismo como en las décadas anteriores, sino de cientifismo y que hubiera dado lugar a una hipoteca instrumental, difícil de deshacerse de ella en bastantes décadas. ¿Dónde reside el problema? Es opinión compartida por muchos arqueólogos la apertura de la disciplina a otros campos, que penetren nuevas filosofías, nuevas teorías, nuevas técnicas analíticas, y nueva información, máxime en un terreno como es el arqueológico que exige de un cúmulo de conocimientos muy variados para la formación de

quienes la practican y que provienen de las áreas de conocimientos más dispares, el error, dice Clarke (1972) «reside en la confusión de las filosofías de las disciplinas analíticas con aquellas otras disciplinas de otros tipos, y en la confusión dentro de las disciplinas del grupo de las analíticas con las filosofías de otras más desarrolladas como puedan ser las Ciencias Naturales, con aquellas otras que poseen una configuración más primitiva y materiales todavía poco estructurados, como las Ciencias Sociales». Cada disciplina debe desarrollar su propia Filosofía de la Ciencia y su propia Epistemología, de manera que una vez que esta etapa formativa esté aclarada y este hecho compartido por la totalidad de los que la practican, puedan trazarse a partir de ese momento las relaciones con las órbitas de las restantes disciplinas. Todo ello lleva implícito un profundo proceso de descentralización y de autonomía disciplinar y a nivel de los que participan del cuerpo teórico. Por una parte Arqueología no es dependiente, a pesar de la interdisciplinariedad, sino autónoma en cuanto posee unas vías de conocimiento propias, pero ello, y todo este proceso de renovación surgido en estos años lo es, una ruptura con el autoritarismo (Clarke, 1972, a.) para pasar a una fase de anarquía disciplinar.

En cierto modo siguen vigentes parte de estos postulados de Clarke entre sus seguidores de Cambridge. La introducción general que hace Hodder al grupo de estudios dedicados a Clarke es en parte el planteamiento de cual iba a ser el *clarkismo sin Clarke*, y que en el artículo que comentamos quedaba ya planteado. No obstante Hodder modifica ya algunas de estas posturas, diferentes a las mantenidas años antes.

Tanto Clarke (1973) como Hodder (1981) señalan una teoría arqueológica con varias subteorías relativas a las fases *pre* y *deposicional* en íntima relación con las teorías antropológicas y la generación de comportamientos humanos respecto al uso de la cultura material, y la subteoría *postdeposicional*, la recogida sistemática de la evidencia material de ese comportamiento, así como de los disturbios producidos a lo largo de todo el proceso por los diferentes agentes que participan en el mismo y las estrategias de recogida de la totalidad de esas evidencias. La subteoría *analítica* hace referencia al análisis de la estructura de los datos que han sobrevivido y han sido colectados, y por último la *interpretativa* que debe mostrar las relaciones entre los patrones existentes en los datos obtenidos en la fase anterior.

Las dos primeras subteorías habían gozado de escaso interés por parte de los arqueólogos en la etapa precedente. Sólo Schiffer (1976) había señalado ciertos aspectos relativos a la formación del dato arqueológico y de las distintas fases mediante las cuales llega a convertirse en tal. La existencia de dos contextos, el *sistémico*, relativo a las subteorías *pre* y *deposicional* de Clarke, muestra al artefacto en uso y dentro de la comunidad que lo creó, usó y se deshizo de él, mientras que el contexto *arqueológico* muestra al artefacto como algo obsoleto y fuera de su medio para el que fue creado, pero esa observación se realiza a partir de una serie de disturbios que provoca una importante desinformación, es decir, *ruido* arqueológico. En parte, todo lo que encierran ambas subteorías es todo un ciclo de una epistemología específicamente arqueológica, muy diferente ya a las otras disciplinas que podrían considerarse afines como Antropología o Historia, ya que en ambas se esconden distintos procesos cognoscitivos.

Foley (1981, 1981a.) ha seguido planteamientos similares y hoy día puede decirse que dentro de la Arqueología existe toda una subteoría denominada *tafonomía*,

denominación que como tantas otras es producto de un préstamo lingüístico de otras disciplinas científicas, concretamente en este caso de la Paleontología y que alude directamente a la formación del fósil. En definitiva se trata de dos tipos de observación: por un lado *in vivo*, el antropológico (sistémico) y por otro *in vitro*, arqueológico.

Junto a estas subteorías arqueológicas Clarke planteaba la existencia de cuatro paradigmas en los que se inscribían aquellas: antropológico, geográfico, ecológico y morfológico, aplicables dentro de los cinco subsistemas que él usaba al analizar el sistema sociocultural: económico, religioso, social, psicológico y de cultura material (Clarke 1978).

Un momento clave para observar lo ocurrido en la Arqueología teórica a partir de la fecha de la publicación de la *pérdida de la inocencia*, es sin duda 1982. Por un lado aparece la publicación de las actas de la Conferencia del T.A.G. (*Theoretical Archaeology Group*) en Southamton en 1980 bajo el rótulo general de *Theory and explanation in Archaeology*, en uno de cuyos apartados se dedica ampliamente a comentar el problema de la explicación científica en esta disciplina y en los que se observa ya la renovación y la relajación de numerosos puntos de vista respecto a años anteriores. Renfrew (1982) pasa revista a las diversas ópticas por las que ha pasado y a través de las cuales se ha tratado de explicar cualquiera de los fenómenos arqueológicos y sin que dentro de ellos hubiera explicaciones arqueológicas propiamente dichas. Pero el problema no reside allí, sino que falta crear todo un sistema propio como ya señaló en 1972 Clarke.

Otras novedades de estos años de la década en la que aún nos encontramos en la abierta crítica a la Teoría General de los Sistemas y a su aplicación en Arqueología de una forma que ésta parecía la salvación y la solución de toda la crisis. En los años anteriores había sido usada indiscriminadamente, al menos, en ciertos casos la aplicación de alguno de los conceptos generales para crear hipótesis, analizar y explicar fenómenos arqueológicos. En este sentido han surgido numerosas críticas sobre todo en el exceso de funcionalismo que subyace en ella (Hodder, 1982), en lo que se puede denominar como «rito de iniciación». Donde mejor se observa ese funcionalismo sistémico es en la explicación de fenómenos sociales, donde la visión funcional y de utilidad produce un enfrentamiento entre función y cultura, y cultura posee atributos que jamás pueden ser expresados en estos términos de funcionalismo. Más recientemente Hodder ha vuelto a hacer especial énfasis en la crítica a este aspecto y ha recordado el valor del *símbolo* frente a la función (Hodder, 1982 a y b.). La explicación, por ejemplo, de la religión desde el punto de vista funcional es a todas luces imposible (Cerrillo, Ongil y Saucedo, 1984), porque ninguno de los mecanismos religiosos relativos al rito pueden ser explicados de ese modo. Lo mismo ocurre con ciertas actividades y comportamientos cotidianos, como por ejemplo, la jerarquía social obtenida a partir de los ajuares de las necrópolis. Las diferencias observadas entre los ajuares y en la disposición del cadáver dentro de los espacios funerarios no describen necesariamente la diversidad y variabilidad que poseyera esa comunidad en vida, tal como Binford señalaba (1972 a.), y esa variabilidad observada no ha de corresponder necesariamente a la hipótesis de la variabilidad que pudiera existir *in vivo*.

¿Cuál es el recambio a esta situación? Hodder propone la sustitución por una teoría estructural, que anteriormente, en las décadas de los sesenta y setenta no ha-

bía tenido excesiva aceptación entre los teóricos de la Arqueología. Estructura es usada como un código que existe independientemente de las categorizaciones de la mente humana, porque esos fenómenos observados son precisamente fruto de la exteriorización de ella (Miller, 1982) y de ahí que el significado de cultura sea preciso adecuarlo a estos conceptualizaciones. Antes era una adaptación extrasomática sin repercusión en la herencia biológica. La adaptación quedaría, pues, minimizada, sobre todo cuando se trata de describir e interpretar fenómenos relativos a ciertos comportamientos que producen cultura material.

Otro de los debates planteados es el relativo a la oposición creada por los procesalistas entre el procedimiento historicista seguido en la Arqueología europea sobre todo, frente al que implicaba la noción de proceso implícito en la Nueva Arqueología americana defendida por Binford (1972), que tachaba de normativista a la primera. En la actualidad se asiste a un proceso de integración y aproximación, como el de Rowlands (1982), pero aún es más interesante que ese desbloqueo se realice a través del puente que la Antropología y el estructuralismo marxista de Althusser y Godelier.

El ecologismo presente en algunas de las perspectivas de la década de los setenta es puesto en tela de juicio también por excesiva tasa funcional dentro de parte de la escuela de Cambridge ya desde hace algunos años (Hodder y Orton, 1976; Hodder, 1981), sobre todo lo relativo al *site catchment analysis* desarrollado por Higgs y sus colaboradores. Incluso el movimiento de gran repercusión en nuestro país como es la llamada *Arqueología espacial* a partir de Hodder y de Clarke se encuentra en un proceso de clara reconversión (Hodder, 1984), desde el momento que se opta por una *segunda generación* frente a la primera, cuya principal característica fue el empleo de análisis que provenía exclusivamente de la llamada Geografía locacional de raíz inglesa y con fuertes inferencias neopositivistas, desarrollada hace años ya por Haggett y Chorley, o en el uso indiscriminado de conceptos que previamente se habían aplicado en esa disciplina (Harvey, 1983). La tendencia a *arqueologizar* de las décadas anteriores pasa ahora por eliminar mediante una autocrítica todo aquello que no sea puramente arqueológico, y de ese modo purificar la teoría y el análisis, sustituyéndolos por los puramente arqueológicos. Indudablemente ya en 1972 planteaba Clarke el primitivismo de la disciplina por los escasos años de andadura de la misma, por lo que era preciso no crear lagunas por excesivos saltos en el vacío. Es un riesgo inherente sin duda a ese alto precio al que se refería Clarke que era necesario pagar por perder la inocencia. La reducción del excesivo contenido científico, en algunos casos puramente formal, y la autoconsciencia de la disciplina son los efectos que la crítica constante de diez años han producido en la disciplina.

En la actualidad el debate se centra, según la convocatoria del *T.A.G. '84* en diciembre pasado, en *práctica y teoría*, tras la última celebrada en Cardiff. La reflexión de Clarke sigue vigente. La pérdida de la inocencia no es simplemente un acto de aceptación, similar a los paradigmas de Kuhn, sino que es también un acto de conversión constante mediante una fuerte crítica dentro de la disciplina que jamás será algo estático, cerrada, pero que sí debe reflexionar sobre ella misma.

BIBLIOGRAFIA

- BINFORD, S. y BINFORD, L. (eds.) *New perspectives in Archaeology*, Aldine, Chicago.
- BINFORD, L. (1968) «Post-pleistocene adaptations» en Binford y Binford eds. *New perspectives in Archaeology*, p. 313-341.
- BINFORD, L. (1972) «Some coments on historical versus processual Archaeology», *An archaeological perspective*, Studies in Archaeology, Seminar Press, p. 114-121.
- BINFORD, L. (1972a) «Mortuary practices: their study and their potencial», *An Archaeological perspective*, Studies in Archaeology, Seminar Press, p. 208-243.
- CERRILLO, E., ONGIL, M.I. y SAUCEDA, M.I. (1984) «Espacio y religión. Aproximación a una arqueología de la religión», *Arqueología Espacial I. Aspectos Generales y metodológicos*, Teruel, p. 41-53.
- CLARKE, D. (1972) «Review of Explanation in Archaeology. An explicit scientific approach», *Antiquity* 46, p. 237-239.
- CLARKE, D. (1972 a.) (ed.) *Models in Archaeology*, Methuen, Londres.
- CLARKE, D. (1972 b.) «Models and paradigms in contemporary Archaeology», D. Clarke ed. *Models in Archaeology*, p. 1-60.
- CLARKE, D. (1973) «Archaeology: the loss of innocence», *Antiquity*, 47, p. 6-18.
- CLARKE, D. (1978) *Analytical Archaeology*, Methuen, Londres (Hay traducción al castellano, *Arqueología analítica*, Bellaterra, Barcelona, 1984).
- FOLEY, R. (1981) «Off-site Archaeology: an alternative approach for the short sited», *Patern in the past*, I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond eds. p. 157-183.
- FOLEY, R. (1981 a.) *Off-site Archaeology and human adaptation in E. Africa*, British Archaeological Rapports, Oxford. International Series 97.
- HAGGET, P. (1976) *Análisis locacional en Geografía humana*, G. Gili, Barcelona.
- HARVEY, D. (1983) *Teorías, leyes y modelos en Geografía*, Alianza, Madrid.
- HEMPEL, C. (1979) *Filosofía de la Ciencia Natural*, Alianza, Madrid.
- HIGGS, E. (ed.) (1975) *Paleoeconomy*, Cambridge.
- HODDER, I. y ORTON, C. (1976) *Spatial analysis in Archaeology*, Cambridge University Press.
- HODDER, I., ISAAC, G. y HAMMOND, N. (eds.) (1981) *Patern in the Past. Studies in honour of D. Clarke*, Cambridge University Press.
- HODDER, I. (1981) «Towards a mature Archaeology», I. Hodder et alii eds. *Pattern in the past*, p. 5-13.
- HODDER, I. (ed.) (1982) *Symbolic and structural Archaeology*, New directions in Archaeology, Cambridge University Press.
- HODDER, I. (1982 a.) «Theoretical Archaeology: a reactionary view», *Symbolic and structural Archaeology*, p. 1-16.
- HODDER, I. (1982 b.) *Symbols in action*, Cambridge University Press.
- HODDER, I. (1984) «New generations of spatial analysis in Archaeology» *Arqueología Espacial, I. Aspectos generales y metodológicos*, Teruel, p. 7-24.

- ISAAC, G. (1979) «The philosophy of Archaeology», *Analytical Archaeology, Collected papers of D. Clarke edited by his colleagues*, Studies in Archaeology, Academic Press, Londres, p. 15-20.
- KUHN, Th. (1981. 7ª) *La estructura de las revoluciones científicas*, F.C.E., Madrid.
- MILLER, D. (1982) «Artefacts as products of human categorization», I. Hodder ed. *Symbolic and structural Archaeology*, p. 17-25.
- RENFREW, C., ROWLANDS, M. y SEGRAVES, B. (eds.) (1982) *Theory and explanation in Archaeology. The Southampton Conference*, Academic Press, Londres.
- RENFREW, C. (1982) «The explanation revisited», C. Renfrew, M. Rowlands y B. Segraves, *Theory an explanation in archaeology*, p. 5-23.
- ROWLANDS, M. (1982) «Processual Archaeology as historical social science», C. Renfrew, M. Rowlands, y B. Segraves eds., *Theory and explanation in Archaeology*, p. 155-173.
- SALMON, M. (1982) *Philosophy and Archaeology*, Academic Press.
- WATSON, P., LEBLANC, S. y REDMAN, Ch. (1974) *El método científico en Arqueología*, Alianza Editorial, Madrid.